

David Bustos Fernández
43127415-T
Diplomatura de Turismo
University of Lapland, Finlandia

Uno tiene su vida más o menos plácida, medianamente rutinaria, sin muchos sobresaltos en general. Nada especial, vamos; pero bastante agradable, eso sí. Universidad, un trabajo por la tarde-noche de treintaycinco horas semanales, alguna fiestecilla en fin de semana, lo que es la vida de un universitario bastante corriente. De repente un día en la universidad te encuentras con un folleto del programa Erasmus entre las manos, ojeando los destinos disponibles para tu diplomatura, y fantaseas con tu colega cómo sería ir de Erasmus a algún lado.

A la semana siguiente te diriges a entregar el formulario para ver si hay alguna plaza disponible para ti. Tus notas no son precisamente para enmarcar, pero todo será probar. La lista de opciones no era muy amplia, pero lo suficiente como para tener algo de variedad. Aunque desde el principio había un destino que destacaba sobre el resto: Rovaniemi, Finlandia. Laponia, la universidad más al norte de Europa, treinta grados bajo cero de media en invierno, Papá Noel, renos, población aborigen ... No podía ser más distinto a mi realidad en Mallorca; y, al mismo tiempo, no podía parecerse más a lo que estaba necesitando.

Fue mi única opción, las otras dos quedaron en blanco. Era eso o nada.

La espera no fue precisamente tensa, ni siquiera recordaba la fecha en que saldrían las listas de admisión; así que me acerqué con casi una semana de retraso a mirarlas. Hubo dos sorpresas al repasar aquella lista de arriba a abajo con mis ojos y mi dedo índice. La primera fue que mi nombre se encontraba en ella; y la segunda que el de mi colega no. La otra plaza no estaba cubierta por nadie. Unas formalidades burocráticas tuvieron la culpa. El maldito papeleo.

Este hecho le daba una nueva perspectiva a la aventura, iba a ir solo. El tiempo me demostraría más tarde que aquello no era tan malo.

Ahora sólo faltaba esperar. Parecía que el momento de marchar nunca iba a llegar, de hecho tampoco pensaba mucho en ello, estaba tan lejano que parecía irreal; era algo así como el pago de la última letra de la hipoteca de una casa. Sabes que llegará algún día pero no cuando exáctamente.

Un día al levantar por la mañana, después de una de las mejores noches que esta isla me ha dejado disfrutar, sucedió.

Era el día.

Abrazos. Algún llanto. Despedidas. Aeropuerto. Avión. Más aeropuerto. Me despierto. Estoy en un tren, aún en la inopia. Poco a poco voy repasando mentalmente todo lo que ha

pasado ese mismo día, casi viéndolo como si fuera una película. Ficción, no realidad.

Pero el hecho es que estoy en una butaca bastante antigua e incómoda de un tren que se dirige a Laponia. A ocho kilómetros del Círculo Polar Ártico. Tengo toda mi vida metida en un maletón de casi cincuenta kilos sobre el que reposo mi cabeza y una bolsa que descansa sobre mi cabeza en uno de esos soportes metálicos. En estos momentos me es imposible conciliar el sueño de nuevo, ya soy completamente consciente de lo que está pasando. Así que saco el iPod de mi mochila, y el paquete de cigarrillos de la chaqueta. Me pongo los auriculares, aprieto el *play* y dejo que Björk haga el resto; mientras tanto, ya estoy avanzando por los vagones, buscando la sala de fumadores con un pitillo colgando de los labios. Está vacía, ventajas de viajar por la noche.

Mirando por la ventana, veo como el asfalto y el cemento dejan paso cada vez más a la Naturaleza, cubierta de nieve, voy reflexionando sobre lo que supone para mí el paso que dije hace unos meses que iba a dar, y que hoy di. Todo lo que ayer tenía se ha convertido en incertidumbre hoy, dudas y conjeturas; todo son interrogantes. Pero no tengo miedo a despejarlos; estoy excitado y no puedo esperar al momento en que lleguen, son todavía diez las horas de tren que me restan para llegar a mi destino: Rovaniemi. Nunca había tenido un viaje tan incómodo, ninguna postura me resulta confortable, camino de arriba para abajo del tren. Voy a fumar. Tomo un café. Pero mi cerebro hierve y no para de lanzarme cuestiones imposibles de responder.

Decido entablar una charla con una chica, despierta aún, sentada en mi vagón varias filas de asientos por delante, y así matar el tiempo, quizá sepa algo del sitio a donde yo voy y pueda contarme algo. Ella me muestra los primeros rasgos del carácter finés; una amabilidad y corrección extremas, pero por otra parte también hay en ella bastante timidez e incomodidad por hablar con un extraño. Se despide educadamente al llegar el tren a la parada donde debía bajarse.

El resto del viaje sigue la misma tónica, sueños cortos, paseos, música y cigarrillos.

Cuando el tren se detiene en la última parada, la mía, me despierto y miro inmediatamente por la ventana. Es una estación de tren en mitad de la nada y hay una tormenta de nieve espectacular. El fuerte viento estampa los copos de nieve en mi cara, lo cual hace más duro todavía el transporte de mis bultos. Al llegar al andén, veo a Kirsikka; mi tutora en Rovaniemi. Ella me da la mejor noticia que podría esperar, ha traído un coche. Mientras cargamos el equipaje en el coche y me conduce hasta el lugar que será mi casa, charlamos tranquilamente. Ella me resuelve las primeras incógnitas sobre el lugar, el ocio, la universidad, otros estudiantes... y me doy cuenta del tiempo que hace que no hablaba inglés; me atasco para encontrar algunas palabras. Pero mi inglés mejorará con la práctica, es cosa de irse acostumbrando.

Kirsikka es el prototipo de chica nórdica, cumple todos los requisitos: ojos azules, rubia como nunca antes había visto, piel blanquísima y unas preciosísimas mejillas rosadas. Ella es todo cordialidad y ganas de ayudar. A diferencia de la chica del tren, es bastante más abierta y parece estar más acostumbrada a tratar con gente que apenas conoce. Más tarde me contará que estuvo viviendo fuera un tiempo y lo entenderé todo. Yo, sin embargo,

actúo como un maleducado y no dejo de mirar por la ventanilla del coche; pero es inevitable. Todo lo que veo me resulta tan diferente, hay una presencia de la Naturaleza impresionante, todo son árboles, casas de una sola planta, gente haciendo *jogging* a pesar del tiempo, todo es nuevo y asombroso.

De repente me dice: “¡Mira! ¡Aquí es dónde vas a vivir! ¿Qué te parece?” Giro la cabeza y veo una calle con dos filas de edificios no muy altos a los lados; y dos más al fondo cerrando la “U”. Le pregunto qué tipo de gente vive aquí; y cuando su respuesta me indica que prácticamente todos son estudiantes de intercambio y algún finés, casi no puedo creerlo. No recuerdo haber sonreído de manera tan sincera en mucho tiempo. Me parece que alguien en la University of Lapland ha tenido una idea fantástica al juntar a todos los estudiantes de intercambio en la misma zona. Me entrega las llaves y me acompaña hasta la puerta; no hubiera podido esperar más de mi primer contacto con ella. Imposible.

Me da la llave, la introduzco en la cerradura, y al girarla ... ¡Empieza el Erasmus!